

“Ya vivamo, ya muramos, del Señor somos (Rm 14,8). Una vieja exégesis de san Hipólito¹

Patricio de Navascués

FACULTAD DE TEOLOGÍA SAN DÁMASO

MADRID

RESUMEN Rm 14, 8: “Ya vivamos, ya muramos, del Señor somos” fue pronunciado por san Pablo en un contexto de polémica sobre los alimentos. San Pablo mostraba la soberanía del Señor sobre cada cristiano de modo que nadie puede ocupar ese puesto de señor, sino sólo Cristo. En san Hipólito dicho pasaje encuentra un marco más amplio de aplicación: la disposición de los cristianos ante el martirio. A unos los libra el Señor de la muerte cruenta, a otros no. En realidad, la vida y muerte de cada cristiano no deja de ser un misterio que, al igual que la vida y muerte del Hijo, descansa en la voluntad amorosa del Padre, hecha visible en la carne de Cristo.

PALABRAS CLAVE San Pablo, San Hipólito, muerte, martirio.

SUMMARY *Rom 14:8: “...whether we live therefore, or die, we are the Lord’s” was pronounced by Saint Paul in a controversial context about the nourishment. Saint Paul showed the Lord’s sovereignty above every Christian so that nobody can take the place of the Lord but only Christ. In Saint Hippolytus this phrase finds a wider framework of application: the disposition of the Christians facing the martyrdom. Some of them are saved from a bloody death by the Lord while some others aren’t. Actually, the life and death of every Christian is a mystery that, just like the life and death of the Son, rests in God’s will, made visible in the flesh of Christ.*

KEY WORDS *Saint Paul, Saint Hippolyte, death, martyrdom.*

1. SAN PABLO Y LOS ALIMENTOS

Hacia el final de su epístola a los Romanos san Pablo afronta en unas líneas cómo han de relacionarse entre sí los cristianos en lo tocante a las prescripciones alimenticias (cf. Rm 14, 1-23). El criterio es saludable y no se im-

1 Para las obras de Hipólito me he servido de las siguientes ediciones: *Hippolyte. Commentaire sur Daniel*, ed. M. LEFÈVRE [Sources Chrétiennes 14] (Paris 1947); *Hippolyte de Rome. Sur les Bénédictiones d’Isaac, de Jacob et de Moïse*, edd. M. BRIÈRE, L. MARIÈS, s.j., B.-CH. MERCIER, o.s.b. [Patrologia Orientalis 27] (Paris 1954); *Ippolito. Contro Noeto*, ed. M. SIMONETTI [Biblioteca Patristica 35] (Bologna 2000). De las traducciones soy el responsable.

pone la uniformidad: puede haber quien coma (lo prohibido por la Ley), puede haber quien no lo coma. En ambos casos, que cada cual se atenga a su conciencia y obre dando gracias a Dios. A nosotros no nos toca juzgar al prójimo, pues no es nuestro criado ni nosotros somos su dueño, sino que es criado ajeno (*allotrios oiketes*). El prójimo tiene su señor (*kyrios*) y este señor es poderoso para sostener al siervo en pie sin caerse (cf. Rm 14, 4). A nadie se le escapa que san Pablo con 'señor' alude a Cristo (cf. Rm 14, 9). En este contexto el Apóstol deja caer el siguiente pensamiento: "En efecto, ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor, si morimos, morimos para el Señor. Entonces, ya vivamos, ya muramos, del Señor somos, pues para esto murió y (re)vivió Cristo, para ser Señor de muertos y vivos" (Rm 14, 7-9).

Con él, san Pablo declara con cierta solemnidad que el único que puede juzgar nuestros actos es el único que nos posee en propiedad, nuestro Señor, el cual nos ha redimido al precio de Su muerte (sangre) y resurrección para hacernos Suyos, para que seamos Suyos en todo momento y sólo a Él debemos rendir cuentas, tal como el propio san Pablo afirma explícitamente más adelante: "En efecto, todos habremos de presentarnos ante el tribunal de Dios" (Rm 14, 10). Nadie, pues, puede entrar a juzgar el comportamiento de otro, pues este otro no debe vivir para aquél que trata de juzgarle, ni siquiera tampoco para sí mismo, sino sólo para Aquél que puede y quiere juzgarle con un juicio vivificante, con un juicio de misericordia, con un juicio que de la muerte pasa a la vida. Somos de Aquél que ha muerto para darnos la vida. Éste es nuestro único dueño, nuestro único juez, en la vida y en la muerte. Lo importante es que todos los cristianos obren en acción de gracias a Dios, fomenten la paz y la mutua edificación, evitando los juicios sobre la conducta externa, tratando de no dar motivo de escándalo y guardando su conciencia para presentarla ante Dios (cf. Rm 14, 13-23).

Por la historia subsiguiente sabemos lo que ocurrió sin necesidad de salir de los escritos neotestamentarios. De una lectura de Ap 2, 20, se deduce que algunos cristianos de Tiatira no debieron de hacer uso prudente de su libertad ante los alimentos provocando el escándalo que censura la carta a dicha Iglesia. Por otro lado, sabemos que muy pronto se fueron decantando entre los cristianos grupos sectarios judeocristianos amantes de un cumplimiento estricto de las leyes que no reconocía la novedad de la gracia. No todos los cristianos supieron quitarse el yugo de las viejas normas; tampoco todos

supieron coordinar la caridad con la libertad de los hijos, dando lugar a escándalos.

Tocaba vivir -también en el campo de los alimentos- respetando la soberanía, la providencia y el gobierno de Cristo, Señor de muertos y vivos, fiel cumplidor de los designios del Padre, al que nada se le escapa y todo lo hace y lo sufre según conviene (para mayor beneficio de los hombres): “ya vivamos, ya muramos, del Señor somos” (Rm 14, 8).

2. SAN HIPÓLITO Y EL MARTIRIO

Todo hacía suponer que el versículo de Rm 14, 8 con el que san Pablo fundamenta dogmáticamente su consejo iba a presidir después las discusiones alimenticias que, en las décadas venideras, habrían de desarrollarse entre los cristianos. No fue así. Y la primera vez que nos encontramos con estos versículos en la era prenicena los sorprendemos enmarcados en un contexto diferente al de los alimentos: el del martirio. En efecto, en el *Comentario a Daniel* escrito por san Hipólito a comienzos del s. III nos topamos con la primera cita explícita que se hace de este verso después de san Pablo.² San Hipólito comenta el pasaje del libro de Daniel en el que los tres jóvenes Ananías, Azarías y Misael (Sadrak, Abed Negó y Mesak) son arrojados por parte del rey Nabucodonosor al horno de fuego a causa de no haber adorado previamente la estatua de oro construida por él (cf. Dn 3).

La cita paulina de Rm 14, 8 viene a resolver un problema que plantea el propio Hipólito por boca de un anónimo lector. He aquí la cuestión y una primera vía de solución propuesta por el santo exegeta:

Pero tal vez dirá alguno: “¿por qué salvó Dios a los mártires de entonces, y no así a los de hoy? Pues encontramos que el santo Daniel fue arrojado por dos veces a la fosa de los leones y no fue devorado por las fieras, y los tres jóvenes fueron arrojados al horno y no fue-

2 Es evidente que se trata de una afirmación hecha a propósito de la literatura antigua cristiana que ha llegado hasta nosotros, que no es más que una mínima parte de todo lo que se escribió.

ron dañados por el fuego.” Atiende, hombre: en aquella época Dios salvaba a quien quería para revelar las obras de su magnificencia al mundo entero, mientras que coronaba y acogía a aquellos, cuyo martirio deseaba. En efecto, salvó a los tres jóvenes a fin de dejar en evidencia que la vanidad de Nabucodonosor no valía nada, queriendo mostrar que lo imposible para los hombres es posible para Dios (Lc 18, 27), pues, dado que Nabucodonosor, en sus pensamientos de grandeza, había dicho: “¿Y qué Dios os podrá librar del horno de fuego?” (Dn 3, 15), Dios le mostró que era capaz de librar a sus siervos, cuando Él quisiera. Y de modo semejante sucedió con Daniel. En efecto, cuando Darío le decía: “El Dios, al que tú adoras continuamente, ¿podrá librarte de la boca de los leones?” (Dn 6, 21), Daniel respondió y dijo: “Dios envió a su ángel y selló la boca de los leones y no me destruyeron” (Dn 6, 23). Pues todos los sátrapas buscaban pretexto para matar a Daniel, entregándolo a las fieras, pero Dios, consciente de las maquinaciones de ellos y de la sencillez del santo Daniel, le libró de la boca de los leones (Dn 6, 5), de modo que [Dios] a los que quiere libra y a los que quiere acoge [en su seno]. Pues también encontramos a los siete mártires, en época de Antíoco, que sufrieron terribles castigos y fueron separados de este mundo (cf. 2 Ma 7). ¿Qué ocurre entonces? ¿Acaso no pudo Dios batir al rey Antíoco y librar a los siete hermanos? Claro que sí. Pero eso sucede para nuestro ejemplo. Pues si [Dios] librase a todos, ¿quién llegaría a ser mártir? Y si todos murieran en el martirio, los impíos habrían dicho que eso sucedía porque Dios era incapaz de salvarles (Hipólito, *Comentario a Daniel II*, 35).

San Hipólito conoce mejor que nadie el contexto vital de sus lectores: la Iglesia vive una época de persecuciones intermitentes que terminan más de una vez con la muerte martirial de numerosos cristianos. Las iglesias de la época de Hipólito, ante la historia de los tres jóvenes, podrían objetar por qué ahora Dios no libraba a los cristianos de la muerte como sí había hecho antiguamente con aquellos jóvenes. San Hipólito muestra cómo también en el Antiguo Testamento hubo quienes murieron mártires, sin que se les ahorrase el tormento de la muerte, como es el caso de los siete hermanos macabeos. El dato es incontestable: tanto antes como ahora hubo quienes murieron mártires, así como hubo algunos que fueron librados del suplicio. San

Hipólito avanza tres tipos de argumentos en su exposición. Uno de carácter general, otros de sesgo particular y, finalmente, un razonamiento un tanto peculiar.

Por un lado, san Hipólito reconoce que la causa que permite que unos hombres mueran en la prueba y otros no mueran reside en la *voluntad de Dios*. En efecto, dice el Padre exegeta como concluyendo: *de modo que Dios a los que quiere [thelei] libra y a los que quiere [thelei] acoge*.³ En el misterio de la voluntad (*thelema*) paterna se resuelve la vida y muerte de los justos. *Quod nimis probat, nihil probat*, podríamos objetar a Hipólito, o sea, el recurso a la *voluntad paterna* prueba tanto que parecería no resolver nada. Aún así, no es poco, de entrada, saber que nada escapa a la voluntad de Dios. Penetrar en ella no siempre es fácil. Hipólito lo intenta particularizando en alguno de los casos que propone.

De este modo, avanza argumentos de tono particular. En el caso de Nabucodonosor, Dios *quiso* librar del fuego a los tres jóvenes para dejar en evidencia la vanagloria, la megalomanía del rey y lograr su conversión ante la manifestación de bondad y poder del Dios de Israel. En el caso de Darío, Dios *quiso* librar al profeta Daniel para mostrar la santidad y sencillez de éste y dejar al descubierto la perversidad de los sátrapas.

Por último, san Hipólito deja caer el tercer y último tipo de argumentos: Si siempre *quisiera* Dios librar a los justos, nadie llegaría a ser testigo hasta la muerte; si no lo hiciese nunca, parecería Dios incapaz de salvar. De ahí que, por ejemplo, en el caso de los siete hermanos macabeos Dios opte por dejarles llegar hasta el final en su testimonio, a diferencia de lo que había ocurrido con los tres jóvenes y con Daniel.

San Hipólito continúa su discurso. Ahora es cuando aparece citado el texto paulino que nos ocupa:

A causa de esto no conviene que el hombre se oponga a las decisiones de Dios. *Porque si vivimos, vivimos para el Señor, si morimos, mo-*

3 "Acoger" (*paralambano*) es un modo muy cristiano de referirse a la muerte de estos justos, que viene caracterizada no por lo que ellos hacen de cara a Dios al morir, sino por lo que Dios hace con ellos cuando mueren: acogerles, recibirles. Es decir, san Hipólito se refiere a su muerte con la nota más alta que define su martirio: ser sacrificio *acepto* al Padre, *acogido* con agrado por Él.

rimos para el Señor; ya vivamos, ya muramos, del Señor somos (Rm 14, 8). Libró [Dios] a Jonás del vientre del cetáceo porque quiso. Libró también a Pedro del poder de Herodes, sacándolo de la cárcel, porque también quiso que siguiera viviendo; lo acogió en su seno en el momento oportuno, una vez que fue crucificado a causa del Nombre, cuando Él mismo quiso. Libró a Pablo de muchos peligros porque quiso; lo acogió en su seno, una vez que fue decapitado después, en el momento oportuno, también esto cuando Él quiso. Dejó que Esteban fuese dilapidado por obra de los judíos, pero le coronó por haber sufrido esto. ¿Cómo podrías tú hoy llegar a ser mártir, si aquellos primeros no hubiesen alcanzado, en su martirio, la beatitud? Pues tienes en la antigua alianza muchos que llegaron a mártires y muchos que fueron librados, a fin de que se muestre que uno y el mismo Dios existe antes y ahora, con poder para hacer de sus siervos lo que Él quiera. Mas vayamos incluso al mismo rey de la gloria y digamos acerca del Hijo de Dios: ¿acaso no pudo Dios librar a Su Cristo para que no fuese entregado a los judíos? Sí, claro que pudo, pero permitió que él sufriera la pasión, para que nosotros, por medio de la muerte de su cruz, pudiéramos vivir. También, a causa de esto, el Hijo, sabedor del consejo (*boule*) del Padre, había dicho: “Padre, no se haga mi voluntad (*thelema*), sino la tuya” (Lc 22, 42) (Hipólito, *Comentario a Daniel II*, 36).

Una vez que todo reposa en el misterioso designio del Padre no es provechoso para el hombre oponerse a él, razona san Hipólito, aduciendo como prueba Rm 14, 8, pues vivimos y morimos para el Señor. Se pueden observar algunas modificaciones con respecto al contexto original de la cita paulina. No se trata ya de discusiones en torno a los alimentos. El “Señor” (*kyrios*) aludido no parece ser el Hijo (como en san Pablo) sino, más bien, directamente el Padre. Por lo demás, en san Pablo, Rm 14, 8 venía a silenciar cualquier juicio acerca de la conducta externa de las personas, pues nadie es juez ni señor de ningún otro; en san Hipólito, Rm 14, 8, pretende hacer callar las críticas dirigidas a Dios ante el hecho de que algunos justos mueran en la prueba y otros sean librados de ella.

Podemos afirmar, por consiguiente, que el contexto exegético de Rm 14, 8 cambia en san Hipólito con respecto a san Pablo. Sin embargo, este cambio no modifica sustancialmente el sentido de la cita paulina. Más bien,

el principio paulino queda enriquecido con un nuevo caso al que aplicarse. Es más, el principio aducido por san Pablo (*en la vida y en la muerte pertenecemos al Señor*) resultaba muy amplio con respecto a comer o no comer alimentos impuros; ahora, para el caso planteado por san Hipólito acerca de los justos que llegan a morir o no, dependiendo en último extremo de la voluntad del Señor, el paso de Rm 14, 8 encuentra un marco más proporcionado de aplicación. En efecto, no podía san Hipólito haber encontrado un argumento mejor que el expresado por san Pablo en dicha cita (*en la vida y en la muerte*) para un asunto que era precisamente de vida o muerte. Todo se resuelve en Dios, único Juez y Señor de los muertos y los vivos.

3. LA VOLUNTAD DE DIOS

San Hipólito continúa ofreciendo nuevos casos de la historia de salvación en el párrafo anteriormente citado: Jonás, Pedro, Pablo, Esteban. La diversidad de género de vida y muerte que presentan es sólo superficial. Todo se uniforma bajo la *voluntad* de Dios, que el santo exegeta subraya hasta cinco veces con la expresión: “porque Dios quiso” (*etbelesen*) o “cuando Dios quiso”. Y llega por fin al caso por excelencia: el del Hijo de Dios. Las líneas que le dedica san Hipólito son altamente esclarecedoras para saber en qué sentido el Santo entiende la muerte y la vida.

Por una parte, el Padre permitió la pasión en cruz del Hijo para que los hombres alcanzáramos la vida. No se trata entonces de “vivir en el Señor” de cualquier modo, sino de la vida que alcanzan los hombres como fruto de la muerte en cruz de Cristo, es decir, de la vida nueva, de la vida eterna, de la vida del Espíritu en la carne, de una vida al margen del pecado. Así, de hecho, continuaba Rm 14, 9: *Para esto murió y vivió Cristo, para ser Señor de muertos y vivos*. La secuencia “muerte-vida” deja en evidencia que san Pablo, al igual que san Hipólito, no entiende por “vida” sino la vida nueva del Resucitado que viene tras la muerte.

Se comienza a desvelar la voluntad de Dios. Es una voluntad vivificante, salvífica. A causa de esto, al Hijo, después *de haber conocido el consejo del Padre*, le toca conformar precisamente su voluntad con la voluntad paterna y de ahí la oportuna cita de Lc 22, 42 que san Hipólito trae a colación. Sólo

gracias al conocimiento interno y amoroso del consejo paterno, puede querer el Hijo la unión de voluntades. La aparente impotencia de Dios ante la muerte de Su único Hijo esconde el deseo de salvación de todos los hombres.

Pero, ¿cómo se da a entender este *consejo*, esta *voluntad*, a los hombres? ¿Cómo Dios comunica esta *voluntad* a los suyos, hasta el punto de que estos puedan afrontar el dolor, el sufrimiento por el Nombre, e incluso la muerte misma como un paso a la Vida? Para san Hipólito esta voluntad se dio a conocer a los profetas, gracias al Espíritu Santo donado a ellos por el Padre:

Éste [el Padre] dio la ley y los profetas. Y, al darlos por medio del Espíritu Santo, movió a éstos a proclamar de modo que, una vez recibido el soplo de la potencia paterna, anunciaran el consejo (*boule*) y la voluntad (*thelema*) del Padre (Hipólito, *Contra Noeto* XI, 4).

Hipólito avanza. Más que en los profetas, en Jesucristo se establece un vínculo más fuerte aún entre el consejo y voluntad paternos, por un lado, y su persona, por otro. Jesucristo no se limita a anunciar la voluntad paterna, sino que, de hecho, se identifica con ella:

... Entonces si el Logos es enviado por medio de Jesucristo, la voluntad (*thelema*) del Padre es Jesucristo (Hipólito, *Contra Noeto* XIII, 4).

Cristo se identifica con la Voluntad paterna⁴ y con el Intelecto paterno (cf. *Contra Noeto* XI, 2). El Padre *ideó y quiso* el Logos para trazar toda la historia de la salvación, lo que le vale al Logos, respectivamente, para ser *divino y distinto del Padre*. Constitutivo del ser del Logos es *mostrar y llevar a*

4 Cf. A. ZANI, *La cristologia di Ippolito* [Ricerche di Scienze Teologiche 22] (Brescia 1983) 85: "Si el Verbo, desde su procesión a partir del corazón del Padre, es cristalización de la voluntad divina y su primer obrar es actuación de un designio divino, de modo que tal unidad de voluntades es tutela de la unidad misma de Dios, el Verbo encarnado prolonga en la historia de los hombres esta característica suya, siendo enviado por querer del Padre a cumplir cuanto el Padre ha determinado. Jesucristo es, por consiguiente, a pleno título la voluntad del Padre" (traducción mía).

cabo el plan que ha querido el Padre.⁵ Todo plan, todo logos, entre hombres se oye, mas no se ve; sin embargo, sólo la Palabra, el Logos divino es visible (cf. *Contra Noeto* XIII, 2) y al encarnarse termina de *narrarnos* aquello que es imposible contar con meras palabras. La carne del Logos, Su carne en el estadio último y glorificado de hombre perfecto, se convierte, pues, en el vehículo único, perfecto e idóneo para reflejar, transmitir y cumplir entre los hombres la voluntad y consejo paternos:

... Pero ninguno ve a Dios sino sólo el siervo y hombre perfecto (*teletios anthropos*), el único que ha narrado el consejo del Padre (Hipólito, *Contra Noeto* V, 4).

En esta carne perfecta del Hijo que ha pasado por la muerte, resurrección y ascensión (cf. *Contra Noeto* IV, 10-11) se ofrece a todo hombre de parte del Padre la única vida posible, la vida del Unigénito que contempla al Padre. La misteriosa generación del Logos, que procedió espiritualmente del seno virginal paterno por inescrutable decisión de amor, se prolonga en la no menos misteriosa generación en carne a partir del seno de la Virgen María, a fin de que Jesucristo, hipostasiado como *voluntad* y *decisión* paternos, glorificado después de la muerte, sea el reflejo visible del amor paterno, la perfección del hijo:

Entonces, ¿cuál Hijo Suyo Dios envió [alude a Rm 8, 3-4], por medio de la carne, sino el Logos, al que denominó Hijo, en razón de que lo llegaría a ser? Y al llamarse 'hijo' asume un nombre que se aplica comúnmente entre hombres a una relación de amor. En efecto, ni el Logos, sin carne y considerado en sí mismo, era Hijo perfecto, no obstante, fuera Logos perfecto, en cuanto Unigénito, ni tampoco la carne, por sí misma y sin el Logos, habría podido subsistir, pues adquirió la subsistencia en el Logos. Entonces, así [como Logos encarnado] quedó manifiesto el Hijo perfecto de Dios (Hipólito, *Contra Noeto* XV, 6-7).

5 Cf. A. ORBE, *Hacia la primera teología de la procesión del Verbo* [Analecta Gregoriana 99] (Roma 1958) 474-480; A. ZANI, *La cristología di Ippolito*, 82-89.

Esta generación perfecta en la carne del que había sido engendrado antes de la aurora entre esplendores sagrados no quiere detenerse siquiera aquí. El plan paterno es que tal Logos sea engendrado también en cada justo, hasta el punto de que todo hombre sea y viva el misterio del amor del Padre, llegue a ser *hijo de Dios*:

Si tú discernes lo valioso de lo indigno, serás como mi boca (Jr 15, 19). La boca del Padre engendró un Logos puro; un segundo Logos aparece, nacido de los santos, engendrando constantemente a los santos. Él mismo, a su vez, es reengendrado por los santos (Hipólito, *Comentario a Daniel I*, 10, 5).

Hay, en consecuencia, un misterio que no deja de presidir nunca la generación del Logos en sus tres estadios: del seno del Padre antes de la creación; del seno de la virgen en carne hasta el día de la ascensión; del corazón de cada cristiano gracias al don del Espíritu Santo.

4. LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA MUERTE Y LA MISTERIOSA GENERACIÓN DEL HOMBRE

Por eso y volviendo al tema que nos ocupa, *no conviene* -decía san Hipólito- *oponerse a las decisiones de Dios*, único Juez de muertos y vivos. *Ya vivamos, ya muramos, del Señor somos*, estamos en Su poder, en Sus manos, que prolongan arcanamente por medio del camino de la muerte y de la resurrección la obra de Su amor que por primera vez se grabaron en el cuerpo glorioso de Cristo.

‘¿Por qué unos mueren en el tormento y otros no?’, espetaban a san Hipólito sus contemporáneos a propósito de los cristianos que, o bien morirían mártires, o bien eran librados del peligro. Contestará, en el fondo, Hipólito: vivo o muerto, al hombre le salva estar en las manos de Dios, único Señor capaz de vivificarnos, y no tratar de penetrar en las razones últimas de un proyecto que hunde sus raíces en la relación inenarrable que sostiene desde siempre el Padre con el Hijo:

... Me dirás, sin embargo: '¿cómo ha sido engendrado [el Logos antes de la creación]?' No puedes exponer acerca de tu nacimiento cómo has sido engendrado; a pesar de ver cada día la causa que da origen al hombre, no puedes exponer con precisión el proyecto acerca de esto. En efecto, no se te ofrece conocer el arte hábil e indescriptible del Creador, sino sólo, viéndolo, comprender y creer que el hombre es obra de Dios. Y, en cambio, indagas acerca del nacimiento del Logos, al cual Dios Padre engendró cuando quiso y como le plugo. ¿Acaso no te basta aprender que el Hijo de Dios se te manifestó para salvación, si crees, sino que además te dedicas a cavilar cómo fue engendrado según el Espíritu? Su generación según la carne no fue confiada para ser relatada a muchos, sino sólo a dos, y ¿te atreves a investigar Su generación según el Espíritu, generación que el Padre custodia consigo para revelarla un día a los santos y a los que sean dignos de ver Su rostro? Sea suficiente para ti lo dicho por Cristo, a saber, *lo engendrado del espíritu es espíritu* (Jn 3, 6), igual que, por medio del profeta [David], en el momento de referirse a la generación del Logos, custodia consigo el cómo para revelarlo en el momento oportuno y dice así: *Del vientre, antes de la estrella de la mañana, te engendré* (Sal 109, 3) (Hipólito, *Contra Noeto* XVI, 3-7).

Basta al hombre, a fin de cuentas, creer en los misterios manifestados para nuestra salvación. La vida y la muerte de cada hombre están en las manos de Dios, en Su poder, decisión y voluntad. Es inútil tratar de explicarlos más allá del tiempo oportuno, de entender sus plazos, sus circunstancias. Conviene custodiar pacientemente con fe *cómo* a través de la muerte llega definitivamente la Vida. Explicar el misterio es una audacia impropia de quien ha de vivir sujeto a los tiempos de Dios. Ya entenderá lo que ahora no puede, no debe comprender. Basta al hombre conocer el origen de la Vida que se nos ha manifestado, a saber: el amor del Padre que engendró al Logos *antes de la estrella de la mañana*. Le basta seguir su trayectoria en la creación, en la historia veterotestamentaria hasta los tiempos de la Encarnación. Le basta, por último, intuir el destino final de la misma: el seno del Padre que acogió la carne del Logos el día de la Ascensión. Así concluirá que el paso de la muerte a la vida sigue envuelto en cada uno de los hombres en el mismo misterio que dio lugar a la generación del Logos. El sentido último de la ma-

nifestación del Logos fuera del seno paterno, nacido por voluntad paterna antes del tiempo, consiste en que los hombres llegaran a alcanzar en su carne la Vida. La petición de Jesús en el huerto, aunando voluntades (Lc 22, 42), que oportunamente san Hipólito recordaba, se convierte en vital para todo hombre.

Imita también tú a los tres jóvenes y entiende bien la fe de éstos, pues decían al rey: “Dios *es poderoso para librarnos, y en caso de que no quiera, estamos en el poder (exousia) de Dios ... morimos con gusto (bedeos) antes que hacer lo dispuesto por tu parte*” (cf. Dn 3, 17-18). Y Nabucodonosor, viendo entonces a estos jóvenes puros e inmaculados, saliendo del horno, se admiró habiendo quedando fuertemente tocado. En efecto, ni uno solo de sus *cabellos fue quemado*, ni *sus mantos habían sufrido*, ni siquiera *había olor a fuego en ellos* (cf. Dn 3, 27) (Hipólito, *Comentario a Daniel II*, 37, 6-7).

San Hipólito subraya hábilmente que la fe de los jóvenes no residía en la seguridad de que serían librados del tormento y no sufrirían ni siquiera en sus cabellos, sino que su confianza estaba enraizada en el hecho de que, sufrieran o no, murieran o no, sus vidas *estaban en el poder (exousia) de Dios*. Obedientes se hacían dignos del amor de Dios (cf. *Bendiciones de Moisés* 163). Habrían muerto *con gusto (bedeos)*, no con gusto por morir, sino por no dejar de vivir en el amor, designio y voluntad del Padre que les despertaría de nuevo a la Vida.